

MEDITACION.

SOBRE LA VANIDAD DEL FAVOR HUMANO.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuanta es la debilidad de los hombres para darte ayuda y favor en tus necesidades, y por cuantas bajezas tienes que pasar para haber de conseguirlo. El hombre débil, flaco y miserable por su naturaleza, no muda de constitucion aunque se siente en un dorado trono; aunque adorne su cuerpo con oro, púrpura y piedras preciosas; aunque le cerquen muchos criados pendientes de sus labios para ejecutar sus órdenes ó sus caprichos; aunque por su voluntad, finalmente, se regulen y distribuyan las fortunas de los otros hombres, y se repartan las dignidades. Tu corazon, tus pasiones, tus deseos, tu tristeza, tus remordimientos, la inquietud de tu conciencia, la poca seguridad de la justicia de tu alma, no están en la mano de ningun hombre, ni caen bajo el poder de ninguna jurisdiccion criada. Si estos afectos te hacen infeliz y miserable, en vano buscarás el favor humano, pensando que este puede hacerte venturoso. Lo que no tiene para sí, mal podrá darlo á sus favorecidos. En medio de aquellos resplandores con que brilla la grandeza, hay unas tinieblas densísimas en que están envueltas las almas de los que la disfrutan; en medio de aquella gran copia de oro y abundancia de todas las cosas, apenas encuentran una que les cause un pequeño gusto, y con que den una satisfaccion á su alma. Esta misma abundancia les aumenta los deseos, y estos les multiplican las necesidades, que por su multitud son tan insaciables como una sola en la baja fortuna. Si te fuera posible ver claramente el corazon de un poderoso, de quien tal vez esperas

favor, auxilio y consuelo, quedarias lastimado viendo las feas pasiones que le despedazan, los cuidados que le carcomen, las necias esperanzas que le entretienen, los deseos que le atormentan, los disgustos que le martirizan, y el colmo de miseria y de desventura en que vive sumergido. Si duerme, es con un sueño interrumpido, que no pueden tranquilizar la holanda y los brocados; si vela, una multitud de negocios enfadosos le ocupan, y hacen que descuide de sí mismo por atender á los intereses ajenos; si se sienta á la mesa, la salud débil y los humores enfermizos le hacen insípidas las mas exquisitas viandas; si va en fin al teatro, al festin, al pasatiempo, la misma costumbre de disfrutarlo se lo hacen soso, fastidioso, cansado y aun molesto. ¿Y es posible que has de poner en este hombre tu esperanza para que te dé consuelo, para que te libre de miserias, para que te haga venturoso?

¿Y esto á cuánta costa? A costa de humillaciones, de bajezas, de mil sufrimientos vergonzosos, que, comparados con el bien que pretendes, son realmente un mal mucho mayor que el que estás padeciendo. Unas veces te finges humilde, otras te aparentas modesto; otras afectas una afabilidad risueña, otras te ves precisado á disimular con el semblante alegre un secreto despecho que está royéndote el corazon. Tienes que frecuentar los palacios, esperar por mucho tiempo en las antecámaras confundido con una multitud de truanes, que, como te ven humillado, se atreven á tratarte con la altanería de sus señores. ¿Qué mas? te constituyes en necesidad de hacer traicion á tu alma, á tus ideas, para lisonjear á aquel personaje de quien esperas la dignidad, el puesto, ó acaso mucho menos. Porque ¿cómo es posible que tú te atrevas á llamar blanco á lo blanco, ni á decir bueno á lo bueno, si oyes que él lo llama ó reputa por negro y por

malo? ¿cómo osarás manifestar la verdad, aunque te la hagan conocer con evidencia tus estudios, delante de aquel que deseas tener benévolo, y ves que se declara partidario de la mentira? Pero aun esto es poco: ese hombre, cuyo favor pretendes, te desprecia, y llevas con paciencia sus desprecios; ese hombre te insulta, y lleno de rubor bajas los ojos haciendo el sacrificio mas humillante y vergonzoso que puede hacerse á la ambicion ó al capricho; ese hombre exige de tí una gratitud anticipada, que no se da por satisfecha con tantas bajezas, con tantos sinsabores, con tantos sufrimientos cuantos bastarian para hacerle su esclavo. ¿Y un favor de tan poca utilidad, un favor tan inútil y tan vano lo has de comprar á tanta costa? ¿merece tanto precio aun cuando dependiese de él toda tu fortuna? ¿Serás todavía tan necio que, renunciando todo esto, quieras seguir con esa pretension caprichosa que te ha costado ya tantos trabajos, y que será acaso la ruina de tu familia?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que aun cuando el favor humano sea para tí tan eficaz y efectivo, que contra su costumbre verifique con los efectos las esperanzas que tienes concebidas, nada habrás logrado con esto mas que ponerte un nuevo yugo. Al mismo tiempo que te veas favorecido, te verás ligado con unos lazos que se llaman gratitud, pero que en realidad son unas pesadas cadenas. El que te hizo un favor, te mira como un esclavo de sus caprichos; y, ó los has de seguir ciegamente, ó has de tener el sentimiento de pasar plaza de ingrato. Pero supongamos por un momento que tengas valor para resistir á sus injustas pretensiones; supongamos que aquel que te favoreció es tan comedido y ajustado que deja en tu mano la responsabi-

lidad del cargo que lograste; ¿evitarás por eso los peligros que traen consigo los puestos y dignidades? ¿no es cierto que en los sitios encumbrados caen los rayos mas frecuentemente y con mas violencia? ¿no ves como los huracanes arrancan los altos y robustos pinos que están en las cimas de las montañas, cuando en los valles se burlan los humildes juncos de su bravura? Trae á la memoria aquel árbol frondosísimo de extraña grandeza y hermosura que vió en sueños el rey de Babilonia, y de que habla Daniel en el cap. 4; verás que su misma grandeza fué la causa de su ruina. Esto enseña que los puestos y altas dignidades no son otra cosa mas que un cúmulo de peligros, y un iman que atrae hácia sí las desgracias.

Pero considera esto mismo con una razon superior á la humana filosofia; mira la superioridad, la dignidad, el cargo con los ojos sobrenaturales de la fe; precisamente te estremecerás cuando consideres que ha de llegar un día en que te pida cuenta estrecha de todo un juez recto, infinitamente sabio, y delante de quien nada podrán ni la adulacion, ni la mentira, ni el artificio, ni el soborno. Esta consideracion hacia á los Crisóstomos, á los Ambrosios, á los Agustinos huir las dignidades con mas empeño que el que ponen muchos hombres en conseguirlas. Esta misma consideracion hizo que san Bernardo escribiese al papa Eugenio, admirándose de que hubiese aceptado la tiara (1): «Considero la altura del puesto, y temo la caída: miro la cumbre de la dignidad en que estás, y veo á su lado un profundo despeñadero que acaba en el abismo.»

Lograste tu pretension; el favor te ensalzó; ¿pero te dió talento y fuerzas para cumplir exactamente con tus obligaciones? ¿te eximió de la responsabilidad de las cargas? ¿no se puede decir con verdad que pre-

(1) Epíst. 237.

tendiste tu misma inquietud, tu opresion, tu peligro y tu ruina?

JACULATORIAS.

Sperent in te qui noverunt nomen tuum, quoniam non dereliquisti quærentes te, Domine. Salm. 9.

Los que tuvieron la dicha de conocer tu sacrosanto nombre, deben, Señor, poner en ti toda su confianza; bien satisfechos de que jamás desamparas á aquellos que te buscan.

Deus meus adjutor meus, et sperabo in eum. Salm. 17.
Mi Dios es mi ayudador, mi protector y mi patrono, y en él solo esperaré.

PROPOSITOS.

1. Todas las cosas de este mundo dice el Espíritu Santo que son vanidad de vanidades; pero entre todas ellas apenas hay una á que con mas razon convenga este dicho que al favor que con tanta ansia se solicita de los hombres. Cuando me vea oprimido, cuando las tribulaciones aneguen mi corazon, me servirán estas reflexiones y conocimientos para buscar alivio en donde pueda seguramente encontrarlo. La razon y la experiencia me han enseñado que fuera de Dios y de sus santos no se encuentra consuelo verdadero; que las pretensiones humanas, además de los trabajos, sinsabores y bajezas que traen consigo, no producen mas frutos que nuevas fatigas, nuevos cuidados, y la responsabilidad tremenda delante del Juez de vivos y muertos. Ya es tiempo de conocer al mundo, y de detestar sus engaños; ya es tiempo de entrar en cordura, y de decir á mi corazon: Dios solo es tu tesoro y tu riqueza. La mayor dignidad es contentarte con aquella suerte en que te ha puesto su adorable providencia. Harto tiempo has perdido corriendo neciamente tras de una sombra que siempre huye de ti.

Favor especial del cielo ha sido el que hayas conocido tu locura antes de que te la hiciese conocer un precipicio. Si hubieras logrado lo que pretendias, acaso te sucederia lo que á la simple mariposa, que deslumbrada con los resplandores de la llama, ella misma hace diligencias para convertirse en cenizas. De hoy mas Dios es mi ayudador, mi protector y patrono, y en él solo esperaré.

SAN HUGO, OBISPO DE GRENOBLE.

Nació san Hugo en Castel Nuevo, á las orillas del Isere, diócesis de Valencia, en el Delfinado, el año 1053. Fué de una familia muy distinguida por su antigua nobleza, pero mucho mas por su singular piedad. Su padre Odilon era un caballero universalmente reputado por hombre de gran virtud, el cual despues de haber dado grandes pruebas de valor en servicio de su rey, fué á acabar sus días en la Cartuja, haciéndose discípulo de san Bruno, y allí murió de edad muy avanzada en manos de Hugo su santo hijo, que le administró los sacramentos. El mismo consuelo dió, y los mismos piadosos oficios hizo con su santa madre, mujer de extraordinaria virtud, que se quedó en el siglo cuidando de su casa y atendiendo únicamente al cristiano gobierno de su familia.

Costóla poco trabajo la educacion de nuestro santo. Habia nacido Hugo con tan felices disposiciones para la virtud, que sin exageracion se puede decir que siempre fué virtuoso, y que nunca fué niño. La grande inclinacion que tenia á las letras, le movió á hacer algunos viajes á reinos extraños. Pero los estudios no perjudicaron á su devocion; su pudor y su modestia contribuyeron mucho á conservar su inocencia; y aunque su virtud era apacible, dulce y dis-

cretamente cortesana, la alimentaba y nutria con el rigor de secretas pero muy severas penitencias.

Acabados sus estudios volvió á Valencia, donde fué provisto en un canonicato. Su vida inocente, ejemplar y retirada le granjeó tanta reputacion, que Ilugo, entonces obispo de Die, legado del papa Gregorio VII, y despues arzobispo de Leon, cautivado de las bellas prendas y de la eminente virtud del jóven canónigo, quiso tenerle consigo y darle parte en el ministerio de su legacia. Hizo gran fruto con sus sermones en el clero, pero lo hizo mucho mayor con sus ejemplos en el pueblo.

Celebraba el legado un concilio en Aviñon, cuando llegaron los diputados de la iglesia de Grenoble, cuya silla episcopal habia vacado, á pedirle por obispo á nuestro santo. Concediósele el legado con tanto mayor gusto, quanto ninguno mejor que él tenia conocida y experimentada su virtud y talentos; pero no fué tan fácil vencer su repugnancia, que su profunda humildad le hacia mirar como justa y bien fundada. Vióse precisado el legado á valerse de toda su autoridad para obligarle á obedecer; y temiendo siempre no hallase algun pretexto para eludir su consagracion, le llevó consigo á Roma para que el mismo papa le consagrara. Hizolo su santidad sin atender á sus razones y excusas. Informada la condesa Matilde de la gran virtud de nuestro santo, costeó liberalmente todos los gastos necesarios para tan augusta ceremonia, regalándole el báculo y otros varios ornamentos pontificales, con los comentarios de san Agustin sobre los salmos.

Cuando volvió de Roma, y fué á tomar posesion de su iglesia, quedó penetrado de dolor al ver el lastimoso estado en que halló toda su diócesis. No solo reinaba en el pueblo la usura, la simonia y toda especie de disoluciones, sino que la abominacion de

la disolucion se habia apoderado del lugar santo. La vida escandalosa de los que por la santidad de su estado debieran servir de ejemplo á los demás, parecia cerrar la puerta á toda esperanza de remedio. Gimió el santo pastor en la presencia de su Dios, y procuró aplacar su justa cólera con rigurosas penitencias. Pasaba los dias y las noches en fervorosa oracion, llorando los desórdenes de su pueblo; y no perdonando ayunos, vigiliass, exhortaciones, instrucciones, visitas, por la salvacion de su rebaño, hubiera deseado poder dar su vida por él.

No podia tardar en dar el fruto correspondiente un zelo tan puro, tan apostólico y tan desinteresado; echó Dios la bendicion á sus trabajos. Ganó los corazones de todos con su apacibilidad y sus ejemplos, y en poco tiempo mudó de semblante todo el obispado de Grenoble. No se puede explicar lo mucho que tuvo que padecer: pasaba los dias enteros en instruir y alimentar con la palabra de Dios á aquel pueblo grosero é ignorante; y habiendo encontrado disipadas las rentas del obispado por la mala administracion de sus antecesores, estuvo tres ó cuatro años sin tener con que mantenerse.

Estas cruces y penalidades era lo único que le consolaba en el continuo escrúpulo que le afligia de haber consentido, á su parecer con demasiada facilidad, en su consagracion, y de haberse dejado persuadir á aceptar el obispado. No obstante, le apretó tanto este escrúpulo, representándole siempre sumamente formidable la dignidad episcopal, que á ejemplo de muchos santos determinó renunciarla. Apenas habia sido obispo dos años, cuando, tomada su resolucion, partió secretamente á la abadia de la Casa de Dios, diócesis de Clermont, en la provincia de Auvernia; vistió la cogulla de san Benito, y en breve tiempo fué modelo cabal de la vida monástica. Pero informado el

papa Gregorio VII de lo que pasaba, le envió precepto formal y preciso para que cuanto antes se restituyese á su iglesia. Vióse obligado á obedecer, á pesar de su repugnancia. Su precipitada fuga habia consternado á sus ovejas, la noticia de su vuelta las llenó de gozo; y persuadidos todos de que el medio único de asegurarse la permanencia de tan santo pastor era la reforma general de las costumbres, se empeñaron á competencia en corresponder á las ansias de su zelo.

Casi a los tres años despues que se habia restituido á su obispado, vino en busca suya el famoso san Bruno con sus seis compañeros, para echar los primeros cimientos de aquel órden celeberrimo, que siendo uno de los mas bellos ornamentos de la iglesia de Jesucristo, se ha extendido por todo el universo con edificacion y aun con asombro del mundo, floreciendo despues de mas de seiscientos años con todo el primitivo vigor que se admiró en su cuna, y perpetuando en el orbe cristiano el fervor, la soledad y el retiro de los anacoretas antiguos.

Pocos dias antes habia tenido Hugo un misterioso sueño, en el cual se le representaron siete resplandecientes estrellas, que, desprendidas del cielo, iban como á esconderse en un desierto espantoso de su misma diócesis, llamado la Cartuja. Acordándose del sueño, recibió á Bruno y á sus compañeros con amor y con respeto; y entendiendo de ellos que solo buscaban una soledad retirada y escondida que pudiese servirles de asilo contra la corrupcion del mundo, desde luego les señaló y les donó el desierto de la Cartuja, á cinco leguas de Grenoble. Edificóles á su costa la capilla y las celdas para su habitacion; y declarándose desde entonces su protector y su padre, poco tiempo despues pasó á ser como el menor de los hermanos.

Contentísimo de tener ya dentro de su obispado

lo que habia ido á buscar en el desierto de la Casa de Dios, se retiraba á la Cartuja todo el tiempo que le dejaban libre las indispensables funciones de su ministerio episcopal. Viviendo entre los nuevos ángeles del desierto, les restituia con usura los ejemplos de mortificacion y de humildad que recibia de ellos: solo le distinguian de los demás los excésos de su fervor; echaba mano de los oficios mas viles y mas bajos; era el primero en el coro, y acompañaba las penitencias con oracion casi continua.

En Grenoble vivia como en la Cartuja. Era perpetuo su ayuno; casi todos los dias predicaba á su pueblo; no le conocian por otro nombre que por el de padre de los pobres; quiso vender sus caballos para socorrerlos, resuelto á visitar á pié su obispado, aunque lleno de asperisimas montañas. Velaba con extremada severidad sobre todos sus sentidos. En mas de cincuenta años de obispado nunca miró al rostro á mujer alguna.

A tan extraordinaria virtud no podian faltar sus cruces: túvolas nuestro santo muy pesadas por toda su vida. No solo probó Dios su paciencia con frecuentes dolores de estómago y de cabeza, efectos naturales de sus penitencias y de su aplicacion al estudio; sino que, para purificar mas y mas su corazon, permitió que por mas de cuarenta años fuese combatido de molestisimas tentaciones, que apenas le daban tregua. Verdad es que no le dejaba el Señor sin consuelo en medio de tantas amarguras; derramaba en su alma aquellas dulzuras celestiales, aquella secreta unción, aquellas gracias sensibles, por cuyo medio experimentaba frecuentemente templadas sus aflicciones por cierta alegría interior, mas fácil de sentirse que de explicarse. Recibió el don de lágrimas; una conversacion piadosa, la lectura de un libro devoto, la vista de un crucifijo bastaban para

hacérselas derramar en abundancia. Leíase indispensablemente en su mesa un libro espiritual mientras comía, y se observó que durante la lectura se derretía tanto su corazón en el fuego del amor divino, que apenas tenía libertad para otra cosa mas que para derramar dulces y copiosas lágrimas; de manera, que no pocas veces era preciso mandar al lector que lo dejase.

Su justificación y su desinterés, juntos al elevado concepto que se tenía de su eminente santidad, le hicieron árbitro de todas las diferencias, y pacificador de todas las enemistades. Ni la apacibilidad grande de su genio estaba reñida con la firmeza, cuando se atravesaban los intereses de Dios y de la Iglesia. Mostró singularmente este tesón en el concilio que se celebró en Viena del Delfinado, el año de 1112, contra los excesos del emperador Enrique IV, que había tratado indignamente al papa Pascual II, y contra la ambición del antipapa Pedro de Leon, llamado Anacleto, en defensa del legítimo pontífice Inocencio II. Fué Hugo uno de los obispos que se juntaron en Puy de Velay para excomulgar á Pedro de Leon, y el que mas contribuyó á extinguir el cisma en el reino de Francia, sacrificando á la verdad y á la justicia sus propios intereses, y la amistad que siempre le había mostrado el antipapa Anacleto.

Obligado Inocencio á refugiarse en Francia por la persecucion de este cismático, salió Hugo á recibirle y á besarle el pié en Valencia. Allí le suplicó con las mayores instancias tuviese á bien exonerarle del obispado, y proveer á la iglesia de Grenoble de sugeto digno que enmendase sus muchos yerros, representándole su avanzada edad y molestisimos achaques. Todo fué en vano; porque el papa, que tenía bien conocido su raro mérito y extraordinaria virtud, se contentó con mandarle que moderase sus penitencias,

y pusiese limite al excesivo trabajo de sus apostólicas fatigas. Pero finalmente, viendo que los vehementes dolores de cabeza habían debilitado extraordinariamente su memoria, hácia el fin de su vida condescendió el pontífice en darle un sucesor, y tuvo el gozo de ver consagrar en vida suya á un cartujo, llamado también Hugo, que despues fué arzobispo de Viena.

Túvose por una especie de prodigio, ó á lo menos por singular favor del cielo, que habiendo perdido enteramente la memoria para todas las cosas terrenas, la conservó siempre muy viva en todas las especies que tocaban á la Religion, ó tenían referencia á la salvacion eterna. Los pocos meses que sobrevivió á la renuncia del obispado, los pasó casi en oracion continua.

Odorico, obispo de Dic, que había sido dean de su iglesia de Grenoble, deseó tener el consuelo de recibir el hábito de monje de mano de nuestro santo; y aunque este se hallaba casi en el último extremo de su vida, se levantó de la cama para hacer esta ceremonia, dándole fuerzas y causándole copiosas lágrimas el gozo de ver la fervorosa resolucion de su amado discipulo.

En fin, consumido nuestro santo al rigor de sus penitencias, de sus trabajos apostólicos y de sus penosas enfermedades, y lleno de merecimientos, murió en Grenoble á los ochenta años y algunos meses de edad, el dia primero de abril del año de 1132. Luego que se esparció la noticia de su muerte, concurrió innumerable gentío de todas partes á lograr el consuelo de reverenciar y besar su santo cuerpo. No fué posible enterrarle en cinco dias por el numerosísimo concurso; y todo este tiempo se conservó el cadáver tan entero, tan fresco y tan flexible como si estuviera vivo. Fué preciso valerse de algun artificio para darle sepultura, y echóse la voz de que

se le queria exponer en la iglesia para satisfacer á la devocion del pueblo; saliéronse todos, menos el clero, los cartujos y algunas otras personas de distincion, á quienes se habia confiado el secreto, y de esta manera se le pudo enterrar en la iglesia de Santa María, donde el Señor manifestó la santidad de su fiel siervo por los muchos milagros que obró en su sepultura. El papa Inocencio II, que tenia tan bien conocida la virtud de nuestro santo, mandó al beato Guido, quinto prior de la gran Cartuja y amigo íntimo del santo obispo, que recogiese exactamente en un breve compendio la relacion de sus virtudes y milagros; y habiéndola leído y aprobado; le canonizó solemnemente el año 1134, estando en la ciudad de Pisa, donde celebraba un concilio. Su sepulcro se hizo cada dia mas glorioso por la visible proteccion que experimentaron los fieles implorando su poderosa intercesion.

SAN VENANCIO. OBISPO Y MÁRTIR.

En este dia hace memoria el martirologio romano de san Venancio, obispo y mártir, sin especificarnos su cátedra ni lugar del martirio. Algunos criticos, satisfechos con decirnos que sus reliquias fueron trasladadas de Dalmacia á la iglesia de su nombre en Roma por Juan IV, sumo pontífice, niegan que hubiese florecido en España este insigne héroe; pero varios escritores nacionales, aunque omiten su patria los y hechos de sus primeros años, sin duda por falta de monumentos justificativos, contestan que Venancio, retirado de los peligros del mundo con el único objeto de atender al importante negocio de su salvacion, vistió el hábito benedictino en el monasterio de San Cosme y Damian, contiguo á la ciudad de Toledo, llamado Agaliense antiguamente, donde acreditando

su fervor, religiosidad y virtud, ejerció el empleo de abad por algun tiempo. Habiendo ascendido despues á la cátedra episcopal de aquella capital, se portó en tan sublime ministerio con todas las virtudes que exige el Apóstol en los prelados perfectos, sobre todo con una caridad sin limites; pues habiendo ocurrido en su tiempo años muy estériles en España, socorrió con mano liberal, no solo á los necesitados de su vasta diócesis, sino á los de otras provincias. En fin, obligado de urgentes negocios, pasó á Panonia, y en esta expedicion logró la corona del martirio por defensa de la religion de Jesucristo, por los años 603, segun el cómputo mas arreglado. De haber sido célebre su memoria en la antigüedad lo acreditan las dipticas de la santa iglesia de Toledo, y el oficio y misa á su culto, que se manifiesta en un breviario romano impreso en Leon en 1556.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, santa Teodora, hermana del ilustre mártir san Hermes, la cual, habiendo padecido martirio en tiempo del emperador Adriano y del juez Aureliano, fué sepultada junto á su hermano, en la via Salaria, no lejos de la ciudad.

El mismo dia, san Venancio, obispo y mártir.

En Egipto, los santos mártires Victor y Estévan.

En Armenia, los santos Quintino é Ireneo, mártires.

En Constantinopla, san Macario, confesor, que en tiempo del emperador Leon acabó su vida en destierro por defensa de las santas imágenes.

En Grenoble, san Hugo, obispo, que pasó en la soledad muchos años de su vida, y habiéndose hecho célebre por la gloria de sus milagros, fué á gozar de la presencia de Dios.

En la diócesis de Amiens, san Valerico, abad, cuyo sepulcro es ilustrado con frecuentes milagros.

La misa es del comun de confesor pontífice, y la oracion la que sigue.

Exaudi, quæsumus, Domine, preces nostras, quas in beati Hugonis confessoris tui atque pontificis solemnitate deferimus; et qui tibi digne meruit famulari, ejus intercedentibus meritis, ab omnibus nos absolvas peccatis: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

La epistola es del apóstol san Pablo á los Hebreos, cap. 5.

Fratres: Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum, ut offerat dona, et sacrificia pro peccatis: qui condolere possit iis qui ignorant et errant: quoniam et ipse circumdatus est infirmitate: et propterea debet quemadmodum pro populo, ita etiam et pro semetipso offerre pro peccatis. Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo, tanquam Aaron.

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado Hugo, tu confesor y pontífice, y que nos perdones nuestros pecados por los merecimientos de aquel que mereció servirte dignamente. Por nuestro Señor Jesucristo...

Hermanos: Todo pontífice tomado de entre los hombres, preside en beneficio de los hombres en todas aquellas cosas que miran á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados: el cual pueda tener compasion de los ignorantes y de los que yerran; porque tambien él mismo está rodeado de flaqueza: y por esto debe ofrecer sacrificio por los pecados, de la manera que por el pueblo, así tambien por sí mismo. Ni tal honor se le toma para sí cualquiera, sino aquel que es llamado de Dios, como Aaron.

NOTA.

« Los Hebreos, á quienes se dirigió esta epístola, » eran los Judíos recién convertidos que vivían en » Jerusalem y en toda la Palestina. Escribióla el

» Apóstol en griego y no en hebreo, por ser entonces » la lengua griega la mas general y conocida en » todas las naciones, cuando la hebrea y la siríaca la » ignoraban muchos de los mismos judíos, que se » habían criado en diferentes provincias. »

REFLEXIONES.

Todo pontífice escogido de entre los hombres le destina Dios para los hombres en aquellas cosas que tocan al mismo Dios: *Omnis pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in iis quæ sunt ad Deum.* A solo Dios toca la eleccion de sus ministros. Infeliz de aquel que se entremete en el ministerio de los altares sin legitima vocacion. La ambicion, el interés y la codicia llenan el sacerdocio de intrusos, que profanan la santidad de su carácter. Al padre de familias pertenece privativamente la distribucion de los empleos de su casa; es propio de su inspeccion y de su autoridad destinar los primeros oficios á quien quiere; pretender ocuparlos con artificio y con maña, es llenarlo todo de confusion. ¡ Buen Dios! ¿ cuántos falsos profetas quedarán degradados en el dia del juicio universal? Cuanto mas sagrada es la dignidad, cuanto mas elevado es el empleo, tanto mas eminente debe ser la virtud. Es un sacrilegio aplicar la mano al incensario, cuando no es el Señor el que nos destina á esta funcion. Ninguno tiene derecho para pretender esta honra sino aquel á quien Dios llama á ella, como Aaron: *Nec quisquam sumit sibi honorem, sed qui vocatur à Deo, tanquam Aaron.* Y pregunto: ¿ se pretende siempre el sacerdocio en fuerza de una vocacion legitima? ¿ se aspira á este sacrosanto estado, formidable á los mismos ángeles, consultando únicamente la voluntad del Señor? ¿ Cuántos hombres terrestres y materiales no consultan mas que á la